

Durand nos entrega en sus obras, aparecen inofensivos, inocentes, moviendo más bien a piedad que a ira, a compasión que a venganza.

El lector que frecuenta a Durand puede formarse al través de sus libros una idea cabal y exacta de cómo él es en la vida: un espíritu generoso a quien las muestras de afecto emocionan y al cual las injusticias amargan brevemente pero nunca emponzoñan. No hay sitio para el rencor y el resentimiento en el alma de este escritor, tal vez el más humano de todos los de la presente promoción. Si el estilo es el hombre o el hombre es el estilo, júzguese y gócese en ambos casos por igual este fragmento: "He caminado toda la tarde por entre la montaña. A cada rato este sendero estrecho se corta, y, a veces, como la raíz de un árbol, termina junto a un roble gigante. Pero, ya sé. Todos esos caminos de la selva juegan a los laberintos. Los trancos lentos de los bueyes montañeros trazaron cien rutas que se detuvieron junto a los quilantos tiernos, y como una red caprichosa sólo sirven después para extraviar a los caminantes..."

Pero Durand no extraviará su camino; pues él —como en el mejor de los relatos de este libro— "va al encuentro del alba" y "sube el repecho cantando" hasta encontrar que "la selva toda tiene una voz clara y melodiosa".—*Juan Marín.*



"CIEN AÑOS DE POESÍA EN PANAMÁ", de *Rodrigo Miró*

Panamá le debe a Rodrigo Miró mucho más de lo que éste mismo sospecha. En los últimos diez años puede afirmarse que su tarea ha sido ejemplar. Cuanto se ha hecho en favor del conocimiento del pasado intelectual del Istmo lleva su sello. *Índice de la poesía panameña contemporánea* (1941), *Teoría de la patria*, una *Antología del cuento panameño* y ahora *Cien años de poesía en*

*Panamá* (1953), bastan para acreditar la inquietud del joven hijo del poeta Ricardo Miró, y su mejor antologista. Tiene bien ganado prestigio y merece bien de su patria y del continente el ponderado crítico, historiador y poeta. Veamos su cosecha de ahora.

En 351 páginas de texto y veinte de preliminares y prólogo, reúne Miró doscientas setenta y ocho composiciones originales de cuarenta poetas desde mediados del siglo XIX hasta nuestros días. Obviamente, como la República de Panamá sólo existe desde 1903 —y de ahí el subtítulo de “Año del cincuentenario”—, admite a escritores nacidos en el Istmo cuando pertenecía a Colombia. El primer versificador, don Gil Colunje, nació en 1831 y murió en 1899, cuatro años antes de la constitución republicana; otros, como Jerónimo Ossa, el autor del Himno Nacional, ambuló por Chile y Perú, igual que Darío Herrera, perteneciente a la generación modernista. Con propiedad, sólo los representantes de las dos últimas clasificaciones del libro serían plenamente “panameños”. De ahí el sutil distingo del título “poetas de Panamá”, no “poetas panameños”. El propio Rodrigo señala en su introducción algunas de las ideas que inspiran su trabajo, al que considera “un ensayo de intención histórica más que crítica, orientado hacia la erudición... Sin previa erudición no hay intérprete ni tampoco síntesis”.

Antes de seguir adelante, se me ocurre mencionar el libro de Cintio Vitier, joven poeta cubano, *Cincuenta años de poesía en Cuba*, publicado el pasado año de 1952. Igual que Vitier, Miró, también poeta, se elimina de entre los escogidos. Se reserva su adusto papel de selector y anotador.

Tiene razón Miró en subrayar su tendencia historicista. Habría cometido un error omitiendo dicha circunstancia. De los 40 poetas escogidos, no valdría la pena recordar en una antología estricta sino a una docena; y de las 278 composiciones, habría que hacer un severo descuento. No obstante, justo es consignar que la calidad de lo inserto supera con mucho las expectativas del lector corriente, y revela un gusto vigilante capaz de conciliar lo arcaico

y lo vivo, la forma consagrada y el acento renovador, o, digámoslo en palabras menos de orden, una poesía potable, porosa, comunicativa.

Ofrece ancho campo a la digresión estética un paralelo entre los dos florilegios cincuentenales que se han mencionado. Parece como que en Panamá, el tránsito ininterrumpido (fugacidad) y la impronta clasicista (quietismo) lograron eliminar la influencia pimpante del negro que, en Cuba, se hace tan visible y hasta avasallante. ¿Qué ocurrió en esta parte del trópico con respecto de la otra? Panamá era como el apéndice de un virreinato centralista; Cuba, la yema de una lujuriosa Capitanía General. Durante el siglo XIX, en Cuba se acendra lo castizo; en Panamá se libra la terrible lucha entre el norteamericano pechador y rudo y la débil estructura criolla. La poesía retrata el caso. Vitier y Miró han extendido, sin proponérselo, un amplio y nutrido certificado acerca de todo ello.

Encuentro, precisamente por lo arriesgado del hecho, que la contribución de Miró es de extraordinario mérito. Una poesía requiere cierta quietud, al menos cierto sentido de permanencia. No se edifica sobre una hoja. No se convierte en zanja de cimientos, una huella. Sin embargo, he aquí cómo, por obra de una pasión imbatible, se consigue en este libro convertir en surco, la huella; en techo, la hoja. La fragilidad del edificio ha de cargarse en la cuenta de las circunstancias, no del promotor.

Llama la atención el acento general de la poesía "de Panamá". En un tiempo abundaba en ella el sentimiento; ahora, el color. No es, ni podía ser, una poesía metafísica. Cuando, por ejemplo, en Ricardo Bermúdez, se dan ciertas notas de tal tendencia, al punto se atenúan por una implícita agilidad verbal, por la musicalidad, bajo la cual se adelgazan los perfiles, se esfuman los linderos, se hace ingravida la cavilación. En Rogelio Sinán, ello será más evidente, pues pertenece éste a la categoría de los poetas-sensación, en prosa o verso, según se advertirá al leer su novela *Plenilunio*.

También despierta interés, entre otras causas de tal, la presen-

cia de poetisas desde los tiempos de Nicole Garay hasta los de Stella Sierra, deteniéndonos en la austera nota de Olimpia de Obaldia, mezcla de ingenuidad y melancólica ternura. Por cierto que advierto la falta de Eda Nela, hoy retirada del verso, pero a quien conocí en el fervor de su entusiasmo poético, allá por 1932. E insisto: falta el propio Miró, Rodrigo, el antologista, finísimo espíritu creador, sobrecogido por la tarea voluntariamente escogida de desentrañar del olvido y la incuria las más bellas páginas de la literatura panameña.

La obra realizada por Rodrigo Miró llena por sí sola una etapa de investigación alerta y sacrificada. La incorporación de la poesía de Panamá en el cuadro de la cultura continental le deberá mucho a este esforzado paladín de lo patriótico fundamental, que ha coronado así la tarea iniciada antes por Andreve, Méndez Pereira, Isaza, Laurenza, antecesores más o menos inmediatos del acucioso, penetrante y laboriosísimo autor de *Teoría de la patria*.—Luis Alberto Sánchez.



"VARIACIONES SOBRE EL HUMANISMO", ensayo de Luis Beltrán Guerrero. Caracas, 1952

*Variaciones sobre el humanismo* es un volumen de pequeño formato y de 65 páginas de menuda tipografía, publicado por la "Asociación de escritores venezolanos". Constituye el cuaderno número 70, de una larga, desigual, e interesante serie.

Pese a su modesta presentación, se trata de un ensayo medular, sereno, profundo. Beltrán Guerrero comenzó a escribirlo en Buenos Aires, mientras hacía sus estudios de filosofía y letras. Por ello, lo empieza con estas palabras: "Mientras veo frente a mí, desde el alto ventano de mi cuarto, al río de la Plata, gemelo del Orinoco en el impulso inicial de redención política americana..." Y prosigue: